

La forja de un traductor

Joaquín Segura*

Empecé a traducir a los 14 años, en una oficina del Gobierno republicano español, que acababa de mudarse de Madrid a Valencia, en plena Guerra Civil. Un señor portugués, a cargo de la contratación de traductores, me preguntó sobre mis antecedentes en el ramo. Le respondí que ninguno, que mi padre me había enseñado algunas nociones de inglés en una pizarra que había instalado en la cocina de la casa, en un pueblo de Aragón. El señor portugués, a quien yo venía recomendado por un diputado a Cortes amigo de mi padre, movió la cabeza en un gesto de duda, pero tomó de su escritorio un ejemplar del *The New York Times*, buscó entre sus secciones la de deportes y me lo pasó, describiendo un círculo con el dedo índice: «Trate de traducir algún reportaje de esta página». Seguidamente me entregó el diccionario bilingüe de Cuyás, que yo ni siquiera conocía, pero que después fue mi amigo fiel durante muchos años. «Puede usarlo, si quiere».

De deportes poco sabía yo, como no fuera de fútbol. Siempre me había gustado leer novelas de aventuras y tramas detectivescas, sobre todo de autores ingleses (pero en español). Elegí un largo reportaje de un partido de fútbol, celebrado el domingo anterior, y me dediqué a gastar el Cuyás, de tantas veces como lo tuve que mirar. Al cabo de un par de horas, le entregué lo que había hecho; el hombre lo miró y me dijo: «Está bastante verde, pero tiene traza». La verdad era que mi suerte estaba echada de antemano, pues por lo visto se le había ordenado, o poco menos, que me empleara.

Me incorporé, en el Ministerio de Relaciones Exteriores, a un grupo de ingleses que habían venido a luchar en los frentes de batalla —ellos en calidad de conductores de ambulancias, y ellas, de enfermeras—, pero que dieron con sus huesos en una oficina de traducciones sin haber llegado a ver frente alguno. Al principio me utilizaban como recadero, para ir a buscarles el café, el pan y otras cositas para las cuales se necesitaba hacer cola. Eran tiempos de mucha escasez, y cuando digo café y pan es en realidad una exageración, pues el café era una achicoria inmundada, y el pan, negro, de gusto indefinido, con la consistencia del serrín. Con todo, olía muy bien al salir del horno, y recuerdo que una vez, en la larga cola, aquel olorito me causó un desmayo de hambre. Ah, y ya me liaba mis propios cigarrillos, hechos con hojas de patata secas.

Poco a poco, los ingleses me ayudaron a hablar y escribir en su lengua. Empecé a traducir noticias cortas y algunas crónicas de poca monta. Me gustaba aquel ambiente. Mi padre había tratado de inculcarme los *would*, los *should* y los *could*, pero a mí no me entraban ni con el chocolate de la merienda. Además, con gran sentido de oportunidad, me daba esas lecciones a las cuatro de la tarde, justo cuando mis amigotes me estaban esperando en la calle para jugar al fútbol (con una vejiga de cerdo inflada por toda pelota). Yo no tenía ninguna in-

tención de volver a Estados Unidos, donde había nacido, ni creo que él la tuviese tampoco. Pero era hombre previsor y pensó que tal vez su hijo necesitaría algún día el inglés.

* * *

Mi primer tropiezo traductoril (ha habido muchos en mi larga vida) sucedió en Barcelona, adonde se había mudado nuevamente el Gobierno. De los Estados Unidos nos llegó un buen día un montón de productos alimenticios donados por almas caritativas. Era poco menos que una montaña, en medio de un gran salón en el que se reunió a todo el personal de nuestra oficina y de algunas otras. Como yo era el más jovencito, se acordó darme la oportunidad de escoger el primero. Había estado mirando una lata grande, la más grande de todo el montón, de un reluciente amarillo que parecía oro. Tenía algo escrito, pero de lejos no podía leerlo. Cuando me aproximé, vi que era una palabra que no conocía. Como no traía conmigo el Cuyás, y no quería delatar mi ignorancia ante los que sabían y cuchicheaban, decidí quedarme con aquella lata sin saber lo que me llevaba. Al llegar a casa y mirar lo que quería decir «TURNIPS», me sentí traicionado: ¡con todo el jamón y queso, pasteles y dulces que había en el montón...! [Moraleja: No todo lo que reluce es oro... y la gula es una lata.]

* * *

Terminada aquella contienda española, pude llegar a Nueva York, mi ciudad natal. Tras desempeñar una serie de oficios (ayudante en la ferretería de unos parientes, camarero en el restaurante francés de la Exposición Mundial...) encontré un modesto trabajo de traductor en una empresa importadora y exportadora. En el restaurante francés conseguía muy buenas propinas, y mis ingresos semanales superaban a los de muchos empleados de oficina con años de experiencia, pero no me gustaba mucho el ambiente de los camareros, y añoraba las traducciones. Antes de que terminara la segunda temporada de la Exposición, me fui a trabajar a la citada empresa, donde una de las faenas que menos me gustaban consistía en traducir declaraciones de aduana. Me pagaban muy poco, ni la décima parte de lo que ganaba en el restaurante, pero me sirvió para entrar con buen pie donde no tenía padrinos.

Al año, recibí una oferta de empleo en la International Telephone & Telegraph Corporation, y allá que fui. Pronto constaté que me sería necesario aprender todo tipo de terminología técnica y de telecomunicaciones. En aquella época, el traductor era a menudo un aficionado bilingüe que aprendía a traducir traduciendo. Solía ser empleado de plantilla de empresas grandes, como la propia IT&T, la General Electric, la

* Academia Norteamericana de la Lengua Española (EE. UU.). Dirección para correspondencia: j.segura3@verzon.net.

Westinghouse, la RCA y otras por el estilo. Por lo general, trabajaba de aprendiz a las órdenes de un jefe que conocía bastante bien los productos o técnicas sobre los cuales tenía que traducir. Los años de práctica y de búsquedas terminológicas habían dado a éste una pátina de conocimientos técnicos, no siempre justificada.

Las traducciones se componían con máquinas de escribir, lo que exigía hacer correcciones con blanqueador, cuando no mecanografiar el texto de nuevo si había mucho que enmendar. Terminada la traducción, se sometía a la crítica del jefe del departamento, lo que daba al traductor novato la oportunidad de aprender y anotar las preferencias del maestro. En aquellos tiempos se hablaba muy poco de lingüística, y menos aún de teorías de traducción. No había tampoco escuelas ni facultades de traducción. Eso vendría años después. Tras pasar a limpio las correcciones, el traductor, y a veces su jefe, entregaba el trabajo directamente al departamento o persona que lo había solicitado.

Con todo, la gran mayoría de los traductores no eran verdaderos profesionales de carrera. Lo que sabían lo habían asimilado por ósmosis, por lecturas más o menos atentas, y a menudo sus conocimientos eran deficientes. Esto, que veía muy claro en mí mismo, lo confirmé también en el caso de mi jefe cuando, en cierta ocasión, me dio a leer una traducción que había hecho él. Yo nunca había puesto antes en tela de juicio su pericia traductoril, que era considerable, ni su experiencia, que no lo era menos. Pero esta vez tradujo mal dos términos coloquiales de la jerga telefónica (en realidad, de toda la tecnología eléctrica) utilizados para distinguir dos clases de conexiones: *through* y *across*. Los tradujo por *a través de* y *por*, que en materia de conductores eléctricos significan lo mismo (no hay diferencia entre la corriente que pasa *a través de* o *por* un conductor). Por aquel entonces, yo había empezado a estudiar por mi cuenta la terminología electrotécnica y del ramo de las telecomunicaciones, y sabía que *through* corresponde a una conexión «en serie», y *across*, a otra «en paralelo». Dejar salir la traducción de mi jefe tal como estaba podía traer graves consecuencias, según la interpretación que diera a esas palabras el técnico encargado de instalar el equipo. No sin trepidación, le dije a mi jefe, un señor mexicano muy bueno e inteligente, que me perdonara, pero me parecía que su traducción no era del todo correcta. Con una media sonrisa en los labios, me contestó: «Bueno, muchacho, todos podemos equivocarnos. Pero, ¿dónde has visto tú que lo correcto sea eso otro?». Le traje unos textos técnicos que había sacado de la biblioteca de la compañía, y al ver lo que decían, el hombre reconoció su error y, ya más serio, me dio un consejo: «Tú todavía eres muy jovencito y tienes mucha traducción por delante. ¿Por qué no vas a una universidad a estudiar ingeniería eléctrica y telecomunicaciones?». Él sabía que, como excombatiente en la guerra del Pacífico, yo tenía derecho a una beca gubernamental para estudios superiores (The Veterans Bill of Rights). Lo pensé mucho, pero al final acabé matriculándome en el Pratt Institute, que tenía facultad y laboratorios de Electrotecnia, y allí curse estudios nocturnos (de día seguía traduciendo) durante cuatro años; después pase a tomar, durante dos años más,

cursos de radio, televisión y comunicaciones en los Institutos de la RCA.

Esos estudios me permitieron aventajar a mis compañeros en traducción técnica, por el simple hecho de entender mejor que ellos lo que quería decir el original. Nunca, a lo largo de mis estudios, me había pasado por el magín la idea de trabajar como ingeniero eléctrico. A mí lo que me interesaba era conocer, con fines de traducción, las materias estudiadas, que además me dieron una buena base para entender después otras técnicas derivadas de ellas.

Por otra parte, había hecho los estudios técnicos en inglés, con profesores anglosajones, lo que me permitía saber cómo hablaban y se escribían entre sí los técnicos en ese idioma. A todo esto, fui acumulando textos que presentaban en español los mismos temas de estudio. Pronto me convertí en asesor técnico de los otros traductores de la IT&T y, a no tardar, me hicieron subjefe del departamento.

* * *

Así las cosas, un buen día leí en *The New York Times* (otra vez se cruzaba este periódico en mi camino) un anuncio a cuarto de página en el que se hablaba de una nueva revista que la empresa TIME&LIFE estaba a punto de editar: *LIFE in Spanish*, como la llamaban ellos. Contesté aquel anuncio, ofreciéndome como traductor para hacerles trabajos científico-técnicos ocasionales. En uno o dos días recibí una breve carta en la que me pedían, a manera de prueba, que les tradujera un editorial de *The New York Times* que versaba sobre Tito, el líder comunista de Yugoslavia. Me pareció muy extraño que no me hubiesen enviado un texto científico o técnico, pero de todos modos hice la traducción y la devolví. Pasaron tres semanas o un mes... y nada. Un día, cuando no esperaba saber más de ellos, recibí un telegrama en el que me pedían que los llamase por teléfono a un número que indicaban. «¿Podría pasar por el edificio de la compañía, piso 18, calle 58, esta misma tarde, después de las cinco?», me decían. Y allá que fui, curioso. En una oficina casi vacía, un señor pelirrojo, relativamente joven, estaba sentado detrás de un escritorio grande, leyendo un manojo de documentos. Al oírme entrar levantó la vista por sobre los espejuelos de lectura, se levantó, me estrechó la mano, me dijo su nombre rápidamente y a continuación poco menos que me espetó: «¿Quieres venir a trabajar con nosotros?». Parecía acostumbrado a tutear a la gente. Le agradecí la oferta, pero le recordé que no me interesaba un empleo de plantilla, pues ya tenía uno bastante bueno. Tal vez podría ayudarles con algunas traducciones técnicas de cuando en cuando. El hombre frunció levemente el ceño y me preguntó: «¿Qué necesitarías para dejar ese otro empleo y venir a trabajar aquí?». Sonreí ante lo inesperado de la pregunta y, pensando que lo mejor que podía hacer sería citar un sueldo exorbitante que tuvieran que negarme, contesté: «Bueno, si lo dice usted en serio, pues... no sé... por lo menos el doble de lo que gano ahora». Mi interlocutor, que ya sabía lo que yo ganaba a la sazón (me lo había preguntado por teléfono), no dudó un instante. Habló entonces en inglés: «The job is yours!». Le dije que necesitaría un mes o dos para

ayudar a mis jefes a buscar quien me sustituyera. Mientras tanto, me picaba la curiosidad de saber por qué me enviaron un editorial en lugar de un reportaje científico o técnico, que era lo que yo les había ofrecido. «Si te enviamos el editorial fue porque no nos preocupaba tu competencia científica y técnica, dados tus estudios y actual empleo, pero necesitábamos saber si podías escribir medianamente bien en español, pues, además de lo técnico, convendría que pudieses traducir material de diversos campos. Tu traducción, que enviamos con docenas de otras a varios catedráticos de Literatura Hispánica, fue la que más nos recomendaron». Y diciendo esto, tomó la primera de una pila bastante grande de traducciones de prueba.

Seguí de empleado en la IT&T un mes más, hasta que encontramos un sustituto con el que quedé tranquilo: nada menos que Javier Collazo, que contaba con muy buenos antecedentes en el ramo de las telecomunicaciones, y que años después sería autor de dos magníficos diccionarios politécnicos. En todos estos años —más de cincuenta han transcurrido— hemos sido amigos y colaboradores en multitud de proyectos¹.

En *LIFE en Español* invertí 18 años de mi vida. Fui el primero de los redactores-traductores contratados para la nueva revista, y posteriormente su jefe de redacción. El cuerpo de redactores incluía a ocho o diez compañeros de Hispanoamérica, en su mayoría escritores y periodistas. Había entre ellos argentinos, uruguayos, chilenos, peruanos, colombianos, mexicanos, cubanos, dominicanos. El hecho de que lográsemos sacar una revista en español que todos sus lectores entendieran se debió a que solía consultar a cada redactor o redactora cada vez que surgía la menor duda de cómo llamar a las cosas: «Tú, Ramón, ¿cómo dirías esto en tu país, y qué otra palabra entenderías fácilmente si no pudieras usar la tuya?». Siempre encontrábamos un término que todos, o la mayoría, aceptaban como de primera o segunda elección. Resolvimos así el problema de los regionalismos, que había obligado ya al *Reader's Digest* a publicar tres ediciones de su revista: una para España, otra para México y el Caribe, y la tercera para Sudamérica. Por supuesto, en *LIFE en Español* el lenguaje de cada país o región se reflejaba siempre en las citas, en los relatos y en las crónicas coloristas.

La traducción en *LIFE en Español* era muy distinta a la de IT&T. El material que teníamos que traducir casi nunca era el mismo que en números anteriores. Contábamos con gran profusión de medios de consulta, incluso los noventa y tantos tomos de la Enciclopedia Espasa-Calpe, que fueron para nosotros de gran utilidad, sobre todo los suplementos de actualización, donde uno podía encontrar definiciones y explicaciones de asuntos técnicos de última hora. También teníamos una enciclopedia más pequeña, pero más moderna, la UTEHA, editada en México. Además, cuando no dábamos con un término después de repetidas búsquedas y consultas, lo inventábamos, y luego, entre paréntesis, poníamos el inglés. Me tocó traducir reportajes seminales (con toda clase de material gráfico en colores), como el del alunizaje de Armstrong y sus compañeros astronautas; ensayos fotográficos, como el

del desarrollo del embrión y el feto desde la fecundación al parto; el del descubrimiento de la hélice bicatenaria del ácido desoxirribonucleico, para el que adopté la sigla ADN. Años después, me tocaría defender esa sigla en el seno de la Real Academia Española, donde algunas gentes que sabían muchísimo más que yo propugnaban el uso de la sigla inglesa DNA, que todo el mundo entendía. Ya en esa época recomendé que usaran DNA cuando escribiesen en inglés artículos o ponencias destinadas a publicaciones extranjeras, pero que se quedasen con el nombre y la sigla españoles para España e Hispanoamérica. En *LIFE en Español* traduje casi todos los textos de aviación, cohetaría, astronáutica, biología y medicina, además de revisar las traducciones y escritos de otros.

Amén de escribir artículos originales y traducir los que nos llegaban de la versión inglesa de *LIFE*, el cuerpo de redacción tenía que preocuparse de preparar los textos para la imprenta. Al principio se contrató a una empresa hispana de Nueva York, en la creencia de que sus empleados, conociendo el español, serían más rápidos y certeros como lectores de pruebas. Pero eran tantos los errores que cometían o se les escapaban sin corregir, que la dirección de *LIFE* optó por probar suerte con una imprenta de Chicago, la misma en que ya se imprimía la edición en inglés. Con gran asombro nuestro, las galeras que nos llegaban de Chicago apenas tenían errores ortotipográficos. ¿Cómo explicarnos eso? Al parecer, los lectores de pruebas norteamericanos, que no entendían ni jota de español, leían los textos lentamente, letra por letra, mientras que los hispanos los leían deprisa, palabra por palabra, y por el camino se comían algunas letras.

Después de tantos años en *LIFE en Español*, la revista se vio obligada a suspender su publicación, no porque le faltaran lectores —tenía cerca de medio millón sólo en México, donde se imprimió durante un tiempo—, sino porque el Gobierno mexicano amenazó con interrumpir la importación de tintas en colores si seguíamos publicando reportajes, a veces de carácter crítico, sobre algunos sucesos políticos acaecidos en ese país. *LIFE* decidió buscar otro sitio donde publicar su revista. Optó por montar una imprenta propia en Panamá, para lo cual importó nuevas máquinas de imprimir de Alemania. Pero las tintas no toleraban el calor y la humedad tropicales, y hubo que climatizar nuevamente toda la planta con equipos más potentes. Aquello costó una millonada. Por otra parte, la empresa matriz, *LIFE*, comenzaba ya a perder lectores ante el embate de la televisión. Estaba en pleno fragor la contienda entre la imagen semanal, soberbia pero estática, de la revista y la imagen viva, movida, inmediata de la televisión. Y ya saben ustedes cuál de ellas venció. Antes de un año, no sólo *LIFE en Español*, sino también *LIFE* en inglés tuvieron que cerrar.

* * *

Después de ese cierre entré a trabajar en una empresa muy interesante, esta vez sin la ayuda de *The New York Ti-*

¹ Javier Collazo falleció el 20 de septiembre del 2003, de una embolia pulmonar.

mes, pero sí con la recomendación de un amigo a quien le ofrecieron primero el empleo. Dos experiodistas norteamericanos habían fundado, como cinco años antes, un negocio de información científico-técnica, con especial dedicación a la medicina. Consistía en publicar antes que nadie, en unos veinte periodiquitos de ocho páginas, de formato tabloide, el material de mayor interés y actualidad presentado en conferencias, congresos y simposios de medicina. En una semana preparábamos y sacábamos a luz resúmenes de las ponencias presentadas por médicos y especialistas de varios campos, complementándolos a veces con entrevistas a los autores. Las ponencias propiamente dichas se publicaban en su totalidad unos seis meses después en las respectivas revistas médicas, pero, entretanto, nosotros habíamos dado las noticias y los detalles más importantes en cosa de una semana o menos.

A mí se me contrató como corrector de estilo de todos esos periodiquitos; en inglés, claro. Posteriormente, tuve a mi cargo la redacción de dos de ellos, uno sobre cardiología y el otro sobre anestesia, habiendo dejado la labor de corrección de estilo a otro colega que prefería hacer eso a redactar. La empresa, que tuvo un éxito extraordinario, se llamaba Science & Medicine Publishing Co. A los tres años de empezar a trabajar en ella, sus fundadores la vendieron a otra compañía que no sabía nada de ciencia ni de medicina, y ésta a otra que tampoco sabía en qué se metía, y así sucesivamente, hasta llegar a cuatro ventas. Yo me salí de aquel desbarajuste y me dediqué a trabajar por mi cuenta, no sólo en traducciones, sino también en la organización y coordinación de congresos y reuniones de medicina en sus diversas especialidades. Esto último también lo abandoné al cabo de otros cinco años, y me dediqué de lleno a las traducciones en plan autónomo. Debo aclarar que durante todos los años en que trabajé para *LIFE*, para Science & Medicine y por mi cuenta en congresos y reuniones, seguí haciendo traducciones en mis ratos libres (que no eran muchos ni muy largos).

Para entonces, las cosas habían cambiado mucho en traducción, como en tantas otras esferas. Con la llegada de las primeras procesadoras de textos, el ritmo del trabajo se aceleró y facilitó (hasta cierto punto). Recuerdo todavía la primera de esas máquinas que compramos, al mismo tiempo, Javier Collazo y yo, de la marca CPT. Javier había hecho su primer diccionario politécnico con una máquina de escribir Olivetti, si mal no recuerdo. Con la nueva procesadora de textos y veinte años de intensa e incesante labor, Javier ha llegado a publicar recientemente su segundo gran diccionario.

Después de estas máquinas (también la IBM tenía una procesadora de textos, con memoria de tarjeta magnética), vinieron la Apple II y el Macintosh, la computadora personal (PC) de la IBM, que hizo época, y la ininterrumpida trayectoria ascendente de Microsoft y sus programas informáticos, tanto operativos como de aplicación. Todos los traductores tuvimos que aprender a usarlos.

La ciencia internacional, y sobre todo la norteamericana, se concentró durante un tiempo en la creación de máquinas o sistemas de traducción automática, que hasta la fecha han resultado insuficientes, salvo para ciertas tareas reiterativas y

de vocabulario bien definido, evitando siempre sinonimias, falsos amigos y otros obstáculos que confundan a sus neuronas digitales. El gran problema de estos ingenios artificiales es que se basan en buen número de supuestos lógicos o semilógicos, cuando los idiomas son en gran parte ilógicos, como sus creadores. Ante la imposibilidad de lograr máquinas de traducción automática que fueran realmente eficaces y universales, se pusieron a punto unos programas informáticos, llamados generalmente memorias de traducción, que van recopilando sobre la marcha lo que uno traduce, lo sistematizan y lo guardan, para presentarlo en pantalla cada vez que el traductor tiene una duda ante un determinado término o expresión. Éstos son más eficaces, pero con el resultado imprevisto de que no sólo han hecho más productivo al traductor, sino que también han traído consigo una rebaja de tarifas cuando se trabaja para agencias de traducción.

La Internet es tal vez, en la actualidad, la mayor ayuda para el traductor independiente, al proporcionarle numerosas fuentes de información y de consulta sin exigirle inversiones extraordinarias. Y para los médicos y otros traductores de medicina, ya sabemos que existe un foro singular, de enorme utilidad: MedTrad, y sus prolongaciones: *Panace@* y el Medtradiario.

En resumen

Se han ido para siempre aquellos tiempos que algunos de ustedes y yo conocimos, en los que podíamos recibir un trabajo por correo normal, terminarlo las más veces en un plazo razonable para poder hacerlo como era debido, devolverlo también por correo y olvidarlo hasta que llegaba el cheque y la hora de contabilizarlo y cobrarlo.

Hoy no somos sólo traductores, sino COMUNICADORES, con mayúsculas, porque a veces empleamos la mayor parte de nuestra jornada de trabajo en faenas de comunicación. Hasta hace unos pocos años, no recuerdo haber tenido que enviar a nadie un currículum o una traducción de prueba (fuera de aquella excepcional que hice para *LIFE*). En mi «cueva» (despacho), al simple teléfono de antes (que apenas utilizaba para comunicarme con algún otro cliente) se han sumado ahora la contestadora automática, el fax, la impresora, la fotocopidora, dos computadoras (una nueva y de lo más inestable con su programa operativo Windows XP, y otra vieja, desmemoriada como yo, pero que todavía sirve para casos de apuro), el módem, un lector óptico (*scanner*), una grabadora acústica, programas informáticos varios... Es irónico comprobar que el papel de escribir, que ya debería haber desaparecido, cada día se consume en cantidades mayores que antes.

Las agencias dominan hoy la traducción, por lo menos en Estados Unidos. Ya no son, en su gran mayoría, empresas regentadas por traductores, sino que éstos han sido reemplazados por profesionales de la administración y la mercadotecnia. Últimamente se han «globalizado», con lo que envían buena parte de sus traducciones al exterior: a España, México, Argentina, etc., donde pueden imponer y conseguir tarifas más bajas. Una eximia amiga y medtradera, Cristina Márquez, recibió el otro día una oferta de trabajo de una empresa norteamericana en la que le proponían «18,000 words at

\$0.020 per word». [Refrán-moraleja: «Cuando la barba de tu vecino vieres pelar, echa la tuya a remojar».]

El futuro se me representa nublado y amenazante. Preveo, a más tardar para dentro de cincuenta años, pero posiblemente mucho antes, la introducción de computadoras superinteligentes que nos reemplacen en el quehacer de la traducción. No lo han logrado hasta ahora más que de forma marginal, pero tampoco habían logrado convertirse en buenas ajedrecistas hasta que una de ellas derrotó a Kasparov, el entonces campeón mundial. Para traducir bien se necesitarán memorias enormes (capaces de acumular todas las variantes y recovecos lingüísticos creados o imaginados por la mente humana), y muy posiblemente esas memorias se basarán en circuitos microbiológicos (nanobiológicos), que ya se están poniendo a punto, parecidos a los del cerebro humano. Si nos

descuidamos, no sólo nos «globalizarán», sino que podrían retrotraernos a los tiempos de la esclavitud, pues no sólo serán un peligro para el traductor, sino para todo ser viviente, excepto para sus amos (si es que esas máquinas del futuro aceptan tener amos).

Ojalá me engañe y sobre estas amenazas triunfe el espíritu humano. Mientras tanto, una primera y última recomendación para el traductor o traductora que empieza ahora: lee, lee no sólo publicaciones de traducción, periódicos y revistas, sino literatura. No abandones en ningún momento la lectura de tus clásicos, ni la de tus nuevos maestros del bien decir. En ellos encontrarás el secreto de la buena traducción y pábulo para tu alma.

Hace 66 años que empecé a traducir... y todavía sigo traduciendo. Me gusta, qué le voy a hacer.

La fecha de caducidad

Bertha Gutiérrez Rodilla

Universidad de Salamanca (España)

No estoy totalmente segura de lo que contestarían los hispanohablantes de otros países, pero creo que no me equivoco si digo que a cualquier español que le preguntaran cómo se llama la fecha límite para poder usar o consumir un producto, ya sea éste un alimento, un medicamento o un cosmético, contestaría *caducidad* o *fecha de caducidad*. Esto, que a mí, por lo menos, me parece tan simple y tan claro, no debe de serlo tanto cuando bases de datos terminológicas de la importancia de Termium o Eurodicautom ofrecen como términos supuestamente españoles para referirse a este concepto *vida en almacenaje*, *duración de almacenamiento*, *vida limitada*, *vida útil de almacenamiento* o cosas similares, que corresponderían al *shelf life* inglés, sin ofrecer ninguna de ellas lo que hubiéramos contestado todos: *fecha de caducidad*. Resulta evidente que aquí falla algo.

No voy a entrar en que, en España, mejor que utilizar *almacenaje* sería recurrir a *almacenamiento*, que es más usual y castiza, por más que en el *DRAE* esté *almacenaje* y por más que el poder guardar las cosas en un almacén o depósito, previo el pago de una cantidad, se denomine técnicamente «derecho de almacenaje». Ni voy a entrar tampoco en lo absurdo de una construcción del tipo *vida en almacenaje*, que lo que sugiere es que ‘hay vida que se está almacenando en alguna parte’; vamos, algo así como un banco de semen. Sólo me detendré en otras dos cosas que, a mi juicio, son todavía más importantes. La primera de ellas es que el denominador común de la mayoría de las expresiones que se proponen es la palabra *vida*, lo que nos hace sospechar inmediatamente que quienes han recopilado estos términos estaban más preocupados por ser fieles al inglés *shelf life* que por buscar la expresión que, verdaderamente, equivalga en español; expresión que, sin ser única, gira en torno, no a la palabra *vida*, sino a la palabra *fecha*: en España, *fecha de caducidad*; en Cuba, por ejemplo, *fecha de vencimiento*. El hecho es que estas bases de datos las usan diariamente miles de traductores de todas partes del mundo, que terminarán por poner en circulación a través de sus traducciones unas expresiones que son inexistentes en nuestra lengua y, por tanto, carecen de significado para los hispanohablantes. Y es que no deberíamos olvidar que la realidad conceptual se organiza léxicamente de forma distinta en los dos idiomas: igual que «Cortés *live*» es, en español, «Cortés en directo», para nosotros el punto de referencia no es la vida de los medicamentos, alimentos o cosméticos, sino justamente el momento en que esa vida termina, acaba, caduca.

Todavía resulta peor la definición que la canadiense Termium proporciona en español para esa *vida útil de almacenamiento*, especialmente si se compara con la definición inglesa («the length of time during which an item of supply, subject to deterioration or having a limited life which cannot be renewed, is considered serviceable while stored»): «tiempo durante el cual un elemento de suministro, sujeto a deterioro, o que tiene una vida útil limitada, y que no puede reconocerse, se considera en servicio mientras está almacenado». ¿Estaría muerta la *vida útil de almacenamiento* del programa de traducción automática con que crearon este engendro, que no es sino una frase inglesa vestida de español?

No consigo entender por qué organismos como la Comunidad Europea, por ejemplo, no dejan de dictar órdenes, reglamentos, leyes... que controlan la calidad de los productos que circulan por todos los países que la integran, sin importarles que esos criterios nunca alcancen al lenguaje especializado, que es la tarjeta con que se presentan tales productos.

Reproducido con autorización de *El Trujamán*, del Centro Virtual Cervantes (<<http://cvc.cervantes.es/trujaman/>>).